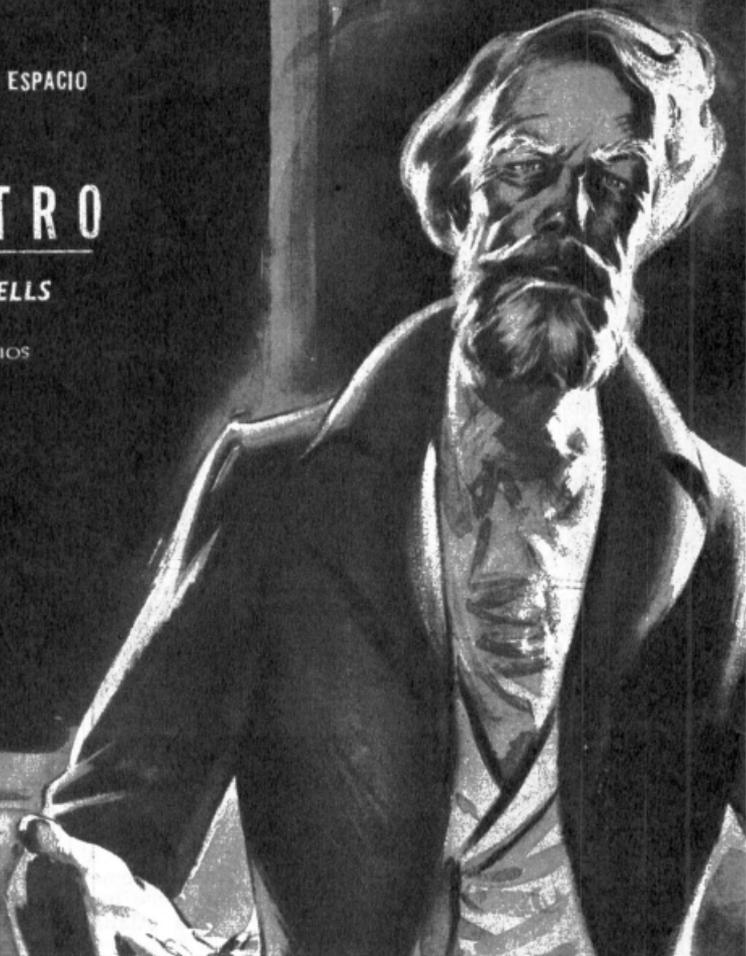


UN VISITANTE DEL ESPACIO
EXTERIOR

EL ASTRO

Por H. G. WELLS

Ilustraciones de
OSCAR PALACIOS



TRES observatorios anunciaron casi simultáneamente el día de Año Nuevo que el movimiento del planeta Neptuno, el más alejado del sol de todos los planetas que giran en derredor suyo, se estaba haciendo un tanto irregular ⁽¹⁾. Ogilvy ya había llamado la atención hacia un retraso sospechado en su velocidad en diciembre. Tal noticia no parecía demasiado capaz de interesar a un mundo, cuya mayoría de habitantes ni siquiera tenía idea de la existencia del planeta Neptuno, ni tampoco, fuera de los astrónomos de profesión, produjo ninguna excitación especial el subsiguiente descubrimiento de un débil y remoto puntito de luz en la región del perturbado planeta. La gente científica, sin embargo, encontró muy notable la co-

municación, aun antes de saberse que el nuevo cuerpo se iba haciendo cada vez más grande y brillante, que su movimiento era completamente diferente del ordenado progreso de los planetas, y que la declinación de Neptuno y su satélite adquiriría caracteres sin precedentes.

Poca gente que no tenga preparación científica puede comprender el inmenso aislamiento del sistema solar. El sol con sus motitas de planetas, su polvo de planetoides y sus impalpables cometas, nada en una inmensidad vacía que casi vence la imaginación. Más allá de la órbita de Neptuno, hay espacio vacío por lo menos hasta donde ha penetrado la observación humana, sin calor, ni luz, ni sonido, vacío absoluto de más de veinte millones de millones de millas. Este es el cálculo de la más pequeña distancia que sería preciso atravesar antes de alcanzar la más cercana de las estrellas. Y, excep-

(1) El lector tendrá en cuenta que este relato fué escrito por el ilustre autor de "La guerra de los mundos" cuando aun faltaban más de 20 años para que amaneciera el siglo XX.



tuando unos cuantos cometas más in-
materiales que la más leve llama, ma-
teria alguna había atravesado este golfo
del espacio hasta que, a principios
del siglo veinte, apareciera el extraño
vagabundo. Era una gran masa de ma-
teria, voluminosa, pesada, que salía sin
previo aviso del negro misterio del cie-
lo y entraba en la radiación del sol.
Al segundo día, era ya claramente vi-
sible con cualquier telescopio decente,
como un terrón de diámetro apenas
sensible, en la constelación de Leo cerca
de Régulus. Dentro de poco, se le po-
dría ver con unos gemelos de teatro.

Al tercer día del año nuevo, los lec-
tores de los periódicos de ambos hemis-
ferios se dieron cuenta, por primera
vez, de la verdadera importancia de
aquella desusada aparición en los cie-
los. "Colisión Planetaria" tituló la no-
ticia un diario de Londres, y proclamó
la opinión de Duchaine de que el ex-
traño planeta nuevo probablemente

chocaría con Neptuno. Los autores de
los artículos de fondo hincharon el te-
ma. Así es que en casi todas las capi-
tales del mundo, el día 3 de enero hu-
bo cierta expectación un tanto vaga,
de cierto fenómeno inminente en los
cielos. Y cuando la noche fué siguien-
do al sol en su aparente carrera en der-
redor del globo, miles de hombres le-
vantaron los ojos al cielo para ver...
las viejas familiares estrellas donde ha-
bían estado siempre.

Hasta que amaneció en Londres, y
Pollux llegó a su ocaso, y las estrellas
en lo más alto empalidecieron. Era un
amanecer de invierno, enfermiza, fil-
trada acumulación de luz diurna, y las
llamitas del gas y de las velas brilla-
ban amarillas en las ventanas para dar
testimonio de que la gente se estaba
levantando. Pero el policía, entre bos-
tezo y bostezo, lo vió; las multitudes
que atareadas estaban comprando en
los mercados se quedaron boquiabier-

tas; los obreros que iban a su trabajo muy temprano, los lecheros, los conductores de los carros de los periódicos, las gentes disipadas que volvían a casa fatigadas y pálidas, los vagabundos sin hogar, los centinelas en sus guardias; y en el campo, los labradores afanándose sobre el terruño, los cazadores furtivos volviendo a casa; todos los que iban despertando en el sombrío país —y en el mar los marinos que estaban esperando el día— pudieron ver el gran astro blanco que apareció súbitamente al oeste en el cielo.

Más brillante que cualquier estrella; más que el lucero de la tarde cuando más brilla. Y seguía luciendo blanco y grande, no ya centelleante punto de luz, sino brillante, claro y redondo disco, una hora después de haber despuntado el día. Y donde la ciencia no alcanzaba, los hombres miraban y temían, hablando unos con otros de las guerras y pestes que predicen estos fieros signos de los cielos. Los rudos boers, los oscuros hotentotes, los negros de la Costa de Oro, los franceses, los españoles, los portugueses, se erguían bajo el calor del sol del amanecer contemplando la puesta de aquel extraño y nuevo astro. Y en cien observatorios había habido reprimida excitación, que casi llegó al punto de empezar a dar gritos, cuando los dos cuerpos remotos se fueron acercando a toda prisa, y todos corrían de un aparato fotográfico y de un espectroscopio a otro, y de este instrumento al de más allá, para impresionar la nueva y asombrosa vista, la destrucción de un mundo. Porque era un mundo, un planeta hermano de nuestra Tierra, mucho más grande que nuestra Tierra el que estaba amenazado de muerte entre llamas. Neptuno recibió en realidad el golpe inevitable y tremendo, pero el extraño planeta que viniera del espacio exterior y el calor del choque habían transformado inmediatamente dos globos sólidos en una sola inmensa masa de incandescencia. Y en derredor del mundo, aquel día, dos horas antes de amanecer, siguió su camino el pálido astro blanco, desvaneciéndose sólo al hundirse a occidente cuando el sol iba subiendo. En todas partes, los hombres se maravillaron al verlo, pero nadie pudo maravillarse más que aquellos marinos, habituales contempladores de estrellas que, lejos en el mar, no habían sabido nada de su advenimiento, y ahora lo vieron levantarse como una luna pigmea, y subir hacia el cenit, y flotar sobre sus cabezas y hundirse al oeste al pasar la noche.

Y cuando después apareció sobre

Europa, por todas partes había espectadores sobre las vertientes de las colinas, sobre los tejados de las casas, en los espacios abiertos mirando a Oriente para ver la salida del gran astro nuevo. Salió, rodeado de un halo blanco como el relumbrar de una blanca hoguera, y los que lo habían visto la noche antes exclamaron al verlo de nuevo: "¡Es más grande! ¡Es más brillante!" Y, en verdad, la luna que estaba en cuarto creciente y que se estaba hundiendo al oeste, era mayor sin comparación en tamaño aparente, pero en toda su superficie no tenía tanto brillo como el pequeño círculo del astro nuevo y extraño.

"¡Es más brillante!", gritaba la gente que se apiñaba en las calles. Pero, en los oscuros observatorios los que lo vigilaban contuvieron la respiración y se miraron unos a otros. "¡Está más cerca! —dijeron—. ¡Más cerca!"

Una voz detrás de otra repetía: "¡Está más cerca!", y el telégrafo recogió las palabras y las hizo traquetear, y temblaron a lo largo de los alambres telefónicos, y en mil ciudades infinidad de tipógrafos ordenaron los tipos que decían: "¡Está más cerca!" Los hombres que estaban escribiendo en las oficinas, comprendiendo, de pronto, soltaron las plumas; hombres que estaban hablando en miles de lugares, súbitamente chocaron con una grotesca posibilidad en aquellas palabras: "¡Está más cerca!". Corrió por las calles que estaban despertando a la actividad del día, se gritó en las callejas cubiertas de hielo, de oscuros pueblecillos; hombres que las habían leído en la cinta parlante estaban en los mal alumbrados umbrales de las casas gritando la noticia a los que pasaban. "¡Está más cerca!" Lindas mujeres, sofocadas y deslumbrantes, oían la noticia dicha como un chiste entre dos danzas, y fingían una inteligente interés que no sentían. "Más cerca. ¿De veras? ¡Qué curioso! ¡Qué listos deben de ser algunos hombres para darse cuenta de esas cosas!"

Vagabundos solitarios, caminando en la noche ventosa, murmuraban aquellas palabras para consolarse mirando hacia arriba. "Falta hace que se acerque porque la noche está endemoniadamente fría. De todos modos, no parece que, al acercarse, dé mucho calor".

—¡A mí qué me importa una estrella nueva? —lloraba la mujer arrodillada junto a su muerto.

El estudiante, levantándose temprano para preparar el examen, se proponía problemas relacionados con el gran astro blanco que lucía y brillaba a tra-

vés de las flores de escarcha de su ventana. "Centrífuga, centrípeta —decía, con la barbilla apoyada en el puño cerrado—. Detened un planeta en su carrera, robadle su fuerza centrífuga, ¿qué sucederá? ¡Le queda la fuerza centrípeta, de modo que caerá en el Sol! Y esto..."

—¿Nos encontraremos nosotros en su camino? Me pregunto si...

La luz del día pasó como habían pasado todas sus hermanas, y con el comienzo de la helada oscuridad, volvió a salir el astro extraño. Y ahora era tan brillante que la cèrea luna parecía pálido fantasma de sí misma, colgando inmensa en su puesta. En una ciudad sudafricana un grande hombre se había casado, y las calles estaban iluminadas para darle a él y a su esposa la bienvenida. "Hasta los cielos han iluminado", dijeron los aduladores. Y bajo Capricornio, dos amantes negros, afrontando las fieras y los malos espíritus por el amor que se tenían, estaban acurrucados juntos en un cañaveral donde los devoraban las moscas. "Esa es nuestra estrella", murmuraron, y se sintieron extrañamente confortados por la suave lumbre de su resplandor.

El gran matemático sentado en su despacho puso de lado sus papeles. Había terminado sus cálculos. En un frasquito blanco quedaba aún un poco de la droga que le había conservado despierto y activo durante largas noches. Cada día, sereno, expícito, paciente cómo siempre, había dado su clase a los estudiantes, y luego había vuelto a su cálculo importantísimo. Tenía el rostro grave, un tanto cansado y febril por la actividad y la droga. Durante algún tiempo pareció perdido en sus pensamientos. Luego, se acercó a la ventana e hizo subir el transparente. A media altura, camino del cielo, sobre los amontonamientos de tejados, chimeneas y torres de la ciudad, estaba suspendido el astro.

Lo miró como puede mirar uno a los ojos de un enemigo valiente. "Me puedes matar —dijo—. Pero puedo tenerte a ti... y al universo entero dentro de este cerebro tan pequeño. No me cambiaría por ti. Ni siquiera ahora".

Miró el frasquito. "Ya no habrá más necesidad de dormir", dijo.

Y al día siguiente, a mediodía, puntual como siempre entró en el aula, puso el sombrero como era su costumbre, en el ángulo de la mesa, y cuidadosamente eligió un pedazo de tiza. Era motivo de chiste entre sus estudiantes, que no podía hablar sin tener en la mano aquel pedazo de tiza para darle vuelta entre los dedos, y una vez,

de veras, se quedó mudo porque le escondieron el surtido. Vino, y miró bajo sus cejas grises y pobladas, las filas de rostros frescos y juveniles que a su vez lo miraban desde la gradería, y con su acostumbrada y estudiada sencillez de expresión dijo: "Han ocurrido circunstancias... circunstancias fuera de mi control —hizo una pausa— que me impedirán completar el curso que había preparado. Al parecer, señores, para decirlo clara y brevemente: el Hombre ha vivido en vano".

Los estudiantes se miraron unos a otros. ¿Habían oído bien? ¿Estaba loco? Hubo quienes se encogieron de hombros y sonrieron, pero unos pocos rostros permanecieron atentos, y con los ojos intensamente fijos en su tranquila faz circundada de cabellos grises.

—Sería interesante —continuó diciendo— consagrar la mañana a una exposición, tan clara como me fuese posible hacerla, de los cálculos que me han traído a esta conclusión. Supongamos...

Se volvió hacia el tablero, meditando un diagrama, como era su costumbre.

—¿Que habrá querido decir con eso de haber vivido en vano? —murmuró un estudiante.

—Escuchemos —respondió otro, mirando al maestro.

Y empezaron a comprender.

Aquella noche, el astro había salido más tarde, porque su propio movimiento hacia el Este le había llevado a desviarse un poco desde Leo hacia Virgo, y su brillantez era tan grande que el cielo, cuando salió, había tomado un tono de luminoso azul, y todas las estrellas se habían ocultado una tras otra, excepto Júpiter, cerca del cenit Capella, Aldebarán, Sirio y las puntas de la Osa. Habíase mostrado muy blanco y hermoso. En muchos lugares del mundo, aquella noche, se le había visto circundado por un halo pálido. Era perceptiblemente mayor; en el claro y refractante cielo de los trópicos pareció como si tuviera la cuarta parte del tamaño de la luna. Aún había hielo sobre el suelo de Inglaterra, pero el mundo estaba tan brillantemente iluminado como en la más clara noche de luna de mitad de verano. Se podía ver y leer letra ordinaria de imprenta a su clara y fría luz, y en las ciudades, los faroles ardían amarillos y descoloridos.

Y en todo el mundo estaban las gentes despiertas, y en toda la Cristiandad, por los campos volaba en el aire sutil un sordo murmullo como zumbar de abejas entre los brezos, y en las ciu-

dades este murmullo se hizo fuerte resonar. Era el doblar de las campanas en un millón de torres y campanarios llamando al pueblo para que ya no durmiese más, sino se reuniese en los templos y rezase. Y por encima, cada vez más grande y más brillante a medida que la tierra giraba y pasaba la noche, seguía su camino el astro deslumbrador.

Y las calles y las casas estaban iluminadas en todas las ciudades, los puertos llenos de barcos, y todos los caminos que conducían a las regiones altas estaban alumbrados también y cubiertos de gente toda la noche. Y en los mares cercanos a tierras civilizadas, barcos con las máquinas en marcha y barcos con velas al viento se llenaban de hombres y animales dispuestos a lanzarse al océano hacia el Norte. Porque ya el aviso del gran matemático se había teleografiado al mundo entero, traducido a centenares de lenguas. El nuevo planeta y Neptuno, reunidos en fiero abrazo, giraban cada vez más y más de prisa hacia el Sol. Cada dos segundos la deslumbrante masa recorrería cien millas, y a cada segundo siguiente la terrorífica velocidad aumentaba. Al paso que llevaba ahora, en verdad, debería pasar a cien millones de millas de distancia de la Tierra y afectarla muy poco. Pero cerca del camino predestinado, y hasta ahora sólo ligeramente perturbado, giraba el poderoso planeta Júpiter con sus lunas, dando espléndidas vueltas en torno al Sol. Y ahora, a cada momento, la atracción entre el astro orgulloso y el más grande de todos los planetas se hacía mayor. ¿Y el resultado de esta atracción? Inevitablemente, Júpiter sería desviado de su órbita hacia un sendero elíptico, y el astro ardiente, columpiado por su atracción fuera de su dirección, pasaría muy cerca de nuestra Tierra. "Terremotos, erupciones volcánicas, ciclones, grandes olas en el mar, inundaciones y rápido aumento de temperatura hasta no sé que límite", así profetizaba el gran matemático.

Y en lo alto, para llevar sus palabras, solitario, frío y lívido, lucía el portador de la destrucción que se acercaba.

A muchos, que aquella noche lo estuvieron mirando hasta que les dolieron los ojos, le pareció que se iba acercando visiblemente. Y la misma noche, también, el viento cambió, y la helada que tenía en sus garras toda la Europa central y Francia e Inglaterra, se ablandó casi hasta derretirse.

Pero no vayáis a imaginar, porque haya hablado de gente que rezaba en

la noche o que huía a los barcos o a las regiones montañosas, que el mundo entero era presa del terror a causa de la estrella. En realidad, la costumbre y el hábito seguían gobernando el mundo, y excepto por la charla de los momentos ociosos y el esplendor de la noche, nueve de cada diez seres humanos siguieron ocupados en sus trabajos habituales. En todas las ciudades, las tiendas, con escasísimas excepciones, abrieron y cerraron a las horas de costumbre; el médico y el enterrador practicaron su oficio; los obreros se reunieron en las fábricas; los soldados hicieron la instrucción; los escolares estudiaron; los enamorados se buscaron; los ladrones robaron y hurtaron; los políticos planearon sus proyectos. Las prensas de los periódicos rugieron en la noche, y muchos sacerdotes no abrieron sus iglesias para aumentar lo que consideraban pánico sin sentido. Los periódicos insistieron en la lección del año 1000..., porque también entonces la gente había anticipado el fin del mundo. La estrella no era estrella..., era mero gas..., un cometa; y aunque hubiera sido una estrella, no era posible que chocase con la Tierra. No había precedente de semejante cosa. El sentido común era en todas partes terco, desdefiño, burlón un poco inclinado a perseguir al que se obstinaba en temer.

Aquella noche, a las siete y quince, hora de Greenwich, el astro estaría a la menor distancia de Júpiter. Entonces se vería qué aspecto tomaban las cosas. Las advertencias del gran matemático, las tomaban muchos como refinada propaganda personal. El sentido común un tanto acalorado por la discusión, afirmó sus inalterables convicciones, yéndose a la cama. También el salvajismo y la barbarie, ya cansados de la novedad, decidieron ocuparse de sus propios asuntos, y fuera del aullido de alguno que otro perro, el mundo en general se olvidó del astro vagabundo.

Y hasta hubo muchos entre los últimos que lo atisbaban en los Estados Europeos, cuando lo vieron aparecer, una hora más tarde, es cierto, que la noche anterior, pero no más grande, que se rieron del gran matemático... y del peligro, como si ya hubiese pasado.

Más después, cesó la risa. El astro creció..., creció con terrible tranquilidad hora tras hora..., cada vez un poquito más a medida que se iba acercando al cenit de la medianoche, y cada vez un poco más brillante, hasta que la noche se convirtió en un segundo día. Si hubiera venido derecho hacia la Tierra en vez de hacer un "camino

curvo", si no hubiese perdido velocidad hacia Júpiter, hubiera debido salvar el espacio intermedio en un día, pero dadas las nuevas condiciones, tardó cinco días en acercarse a nuestro planeta. A la noche siguiente, había llegado a alcanzar un tercio del tamaño de la luna, antes de ocultarse a los ojos ingleses, y el deshielo estaba asegurado. Se levantó sobre América con tamaño casi igual al de la luna, con fulgor blanco cegador y caliente. Y una ráfaga de viento caliente sopló al aparecer y fué tomando fuerza, y en Virginia y en el Brasil, y en el valle del San Lorenzo, brilló intermitentemente entre una humeante carrera de nubes tempestuosas, con relámpagos violetas y granizo en cantidades sin precedente. En Manitoba, se produjo un súbito deshielo y devastadoras inundaciones. Y en todas las montañas de la tierra, la nieve y el hielo comenzaron a derretirse aquella noche, y todos los ríos procedentes de las tierras altas corrían hinchados y turbios arrastrando árboles y cuerpos de animales y seres humanos. Se alzaron constante y tercaamente bajo el fulgor fantasmagórico, y, saliendo de sus cauces, se dieron a perseguir a los habitantes de los valles que huían ante ellos.

A lo largo de las costas de la Argentina y en todo el Atlántico Sur, las mareas fueron más altas de lo que recordaba memoria de hombres, y las tormentas, en muchos casos, llevaron las aguas muchos cientos de millas tierra adentro, tragándose ciudades enteras. Y tan grande llegó a ser el calor durante la noche, que al levantarse el sol fué como si llegara una sombra. Empezaron los terremotos, y fueron creciendo hasta que toda América desde el Círculo Ártico hasta el Cabo de Hornos pudo ver deslizarse las vertientes de las colinas, abrirse grietas, casas y muros derrumbarse y destruirse. Todo un lado del Cotopaxi se deslizó en inmensa convulsión, y un tumulto de lava surgió tan alto, ancho, rápido y líquido, que en un solo día llegó al mar.

Y así el astro con la pálida Luna en su amanecer, marchó a través del Pacífico arrastrando consigo las tormentas como orla de su túnica, y la creciente marea, espumosa y rugiente que la seguía se desparramó sobre una y otra isla, y las limpió de hombres en implacable barredura. Hasta que la ola llegó por fin, entre luz cegadora y con aliento de horno, rápida y terrible, muralla de agua de cincuenta pies de alto, rugiendo hambrienta, a las costas de Asia y barrió tierra adentro las llanuras de China. Primero, el as-



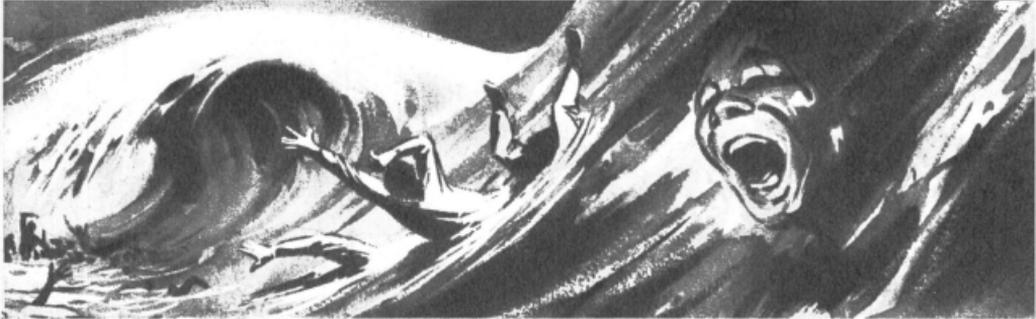
tro, ahora ya más grande y más brillante que el Sol en toda su fuerza iluminó con despiadado fulgor el ancho y populoso país: ciudades y pueblos con sus pagodas y árboles, caminos, anchos campos cultivados, y dejó ver millones de gentes desveladas que miraban con desesperado terror al cielo incandescente; y luego, sordo y creciente, llegó el murmullo de la inundación. Y así sucedió con millones de hombres aquella noche... Huir sin saber a dónde, las piernas entorpecidas por el calor, la transpiración angustiosa y escasa, el agua como un muro blanco y rápido que corría tras ellos. Y después, la muerte.

China estaba iluminada con deslumbrante luz blanca, pero sobre el Japón y Java y todas las islas del Asia oriental, el astro inmenso era un globo de fuego rojo oscuro porque el vapor, el humo y la ceniza de los volcanes subían a saludar su aparición. Encima estaban la lava, los gases calientes y las cenizas, y debajo las olas enloquecidas, y toda la tierra se mecia y se derrumbaba con los choques del terremoto. Bien pronto, las nieves eternas del Tibet y el Himalaya empezaron a derretirse y miles de torrentes descendieron, excavando canales convergentes sobre las llanuras de Birmania y del Indostán. Las enredadas frondas de las selvas hindúes se incendiaron en mil puntos diversos, y debajo de ellas las aguas que corrían precipitadamente en torno de los troncos parecían algo negro que aún luchaba débilmente y espejeaba las sangrientas lenguas de fuego. Y en una confusión desatinada, multitudes de hombres y mujeres huían siguiendo las orillas de los anchos ríos hacia esa última esperanza de los seres humanos: el mar abierto.

El astro se hacía cada vez más grande, más caliente, más brillante, ahora ya con terrible rapidez. El océano tropical había perdido su fosforescencia, y los torbellinos de vapor se alzaban en fantasmagóricas gurrinaldas de las olas negras, que se derrumbaban sin cesar salpicadas de barcos sacudidos por la tormenta.

Y entonces acaeció un prodigio. A aquellos que en Europa estaban esperando la salida del astro, les pareció que el mundo había interrumpido su rotación. En mil espacios abiertos de tierras altas y bajas, a donde habían huído las gentes para escapar de las inundaciones y del derrumbamiento de las casas y los corrimientos de las colinas, esperaron en vano que el astro apareciese. Pasó una hora y otra y otra en terrible ansiedad, y el astro no apareció. Una vez más los hombres vieron las antiguas constelaciones que habían creído perdidas para siempre. En Inglaterra, el aire estaba caliente y claro en las alturas, aunque el suelo seguía temblando, pero en los trópicos, Sirio y Capella y Aldebarán se dejaban ver a través de un velo de vapor. Y cuando, por fin, el gran astro apareció con diez horas de retraso, el Sol se levantó al mismo tiempo que él, pegado a él, y en el centro de su blanca incandescencia, había un disco negro.

Fué sobre Asia donde el astro empezó a quedarse atrás respecto al movimiento del cielo, y luego, de pronto, cuando estaba suspendido sobre la India, se veló su luz. Toda la llanura de la India, desde la boca del Indus hasta las bocas del Ganges, fué aquella noche una extensión de agua no muy profunda, centellante, de la cual surgían templos y palacios, montecillos y colinas, negros de gente. Cada alminar era una apretada masa de seres humanos que iban cayendo unos tras otro en las aguas turbias, a medida que les iban venciendo el calor y el terror. Toda la tierra parecía un solo gemido, y de repente, se tendió una sombra sobre el horno de desesperación, y una ráfaga de viento frío y una reunión de nubes surgieron en el aire que se enfriaba. Miraron los hombres a lo alto, medio ciegos, para ver el astro, y lo que vieron fué un disco negro que se arrastraba serpenteando a través de la luz. Era la Luna que se había interpuesto entre el astro y el Sol. Y cuando los hombres estaban gritando para agradecer a Dios este momento de respiro, del Oriente, con inexplicable



rapidez, surgió el Sol. Y entonces, astro, Sol y Luna se precipitaron juntos a través de los cielos.

Y así acaeció que, en aquel momento, para los observadores europeos, el astro y el Sol corrieron cerquísima uno de otro a toda prisa a través del espacio, y luego más despacio, y por fin, descansaron astro y Sol fundidos en un resplandor de llamas en el cenit. La Luna ya no eclipsaba al astro, pero se perdía de vista en el relumbrar del cielo. Y aunque los que aún vivían miraban en su mayoría con esa pesada estupidez que engendran el hambre, la fatiga, el calor y la desesperación, hubo algunos que acertaron a comprender el significado de tales signos. El astro y la Tierra habían alcanzado su punto más cercano, se habían inclinado uno hacia otro, y el astro había pasado. Y ya estaba retrocediendo cada vez más rápidamente, en la última etapa de su precipitado viaje hacia el Sol.

Y entonces, las nubes se amontonaron, cerrando la vista del cielo, y el rayo y el trueno tejieron una túnica en derredor de nuestro planeta; y sobre toda la Tierra cayó una precipitación de lluvia como los hombres nunca habían visto, y donde los volcanes habían lanzado antes rojas llamas bajo el dosel de las nubes, ahora se precipitaban torrentes de barro. Por todas partes, las aguas provocaban inundaciones, dejando tras de sí ruinas hundidas en el fango; y la tierra parecía una playa batida por la tormenta, sembrada de todo lo que había flotado, más los cuerpos muertos de los seres humanos y los animales. Durante días enteros, el agua se fué retirando de las tierras, arrastrando consigo el mantillo, los árboles y las casas, amontonando inmensos diques y cavando titánicas barrancas. Tales fueron los días de tinieblas que siguieron al astro y al calor. Durante varias semanas y meses, los terremotos continuaron.

Pero el astro había pasado, y los hombres impulsados por el hambre, y recobrando el valor poco a poco, se arrastraron hacia sus arruinadas ciu-

dades, sus enterrados graneros, sus encharcados campos. Los pocos barcos que habían logrado escapar de las tormentas de aquellos tiempos volvieron aturridos y deshechos, sondando el rumbo cautelosamente a través de las nuevas marcas y arrecifes de los puertos en otro tiempo familiares. Y a medida que fueron amainando las tormentas, los hombres pudieron notar que los días eran en todas partes más calurosos, y el Sol más grande, y que la Luna, reducida a un tercio de su anterior tamaño, tardaba ahora ochenta días en su revolución completa.

Pero este cuento no dice nada de la nueva fraternidad que surgió entre los hombres, ni de como pudieron salvarse leyes, libros y máquinas, ni del extraño cambio sobrevenido en Islandia y Groenlandia y en las costas de la Bahía de Baffin, que los marinos que a ellas llegaban encontraban verdes y gratas, tanto que apenas podían creer a sus ojos... Ni tampoco del movimiento de la humanidad, ahora que la Tierra era más caliente, hacia el Norte y hacia el Sur, hacia los polos de la Tierra. Porque no trata más que de la llegada y el paso del astro.

Los astrónomos de Marte —porque en Marte hay astrónomos, aunque sean seres muy diferentes de los hombres— estuvieron, como es natural, profundamente interesados por estas cosas. Las vieron, desde luego, desde su propio punto de vista. "Considerando la masa y la temperatura del proyectil que se ha lanzado hacia el Sol a través de nuestro sistema solar —escribió uno de ellos—, es asombroso el poco daño que ha sufrido la Tierra con la cual le faltó tan poco para chocar. Todas las líneas continentales que nos son familiares y las masas de los mares permanecen intactas, y, a decir verdad, la única diferencia parece ser una disminución de la decoloración blanca (que suponemos sea agua helada) que rodea a cada uno de los polos."

Lo cual nos demuestra cuán pequeña puede parecer la más inmensa de las catástrofes humanas a una distancia de unos pocos millones de millas. ♦